

La madre de Billy se pasaba la vida repitiéndole al chico lo que podía y lo que no podía hacer.

Todas las cosas que le permitía hacer eran aburridas. Todas las cosas que le tenía prohibidas resultaban apetecibles.

Una de las cosas que tenía prohibidas PROHIBÍSIMAS era la más apetecible de todas: salir



solo por la puerta del jardín y explorar el mundo que había más allá.

Una soleada tarde de verano, Billy estaba arrodillado sobre una silla de la sala contemplando a través de la ventana el mundo que había al otro lado de la valla. Su madre estaba en la cocina planchando y, aunque la puerta estaba abierta, no podía verlo.



De vez en cuando la madre le decía:

—Billy, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy portando bien, mamá —contestaba invariablemente Billy.

Pero Billy estaba harto de tanto portarse bien.

A través de la ventana, y no muy lejos, podía ver el inmenso oscuro bosque misterioso que recibía el nombre de Bosque del Pecado. Siempre se le había antojado muchísimo explorarlo.

Su madre le había advertido que hasta los mayores tenían miedo de entrar en el Bosque del Pecado. Le recitaba un poemilla que decía:

*¡Cuidado, cuidado!
¡Es el Bosque del Pecado!
¡Nadie salió nunca vivo,
aunque muchos han entrado!*

—¿Por qué no salieron? —preguntaba Billy—. ¿Qué les pasó allí dentro?

—Ese bosque está lleno de las bestias salvajes más sanguinarias del mundo —le contestaba su madre.

—¿Leones y tigres quieres decir? —preguntaba Billy.

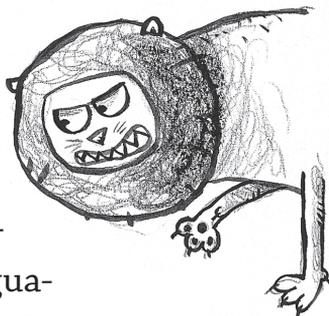
—Mucho peor que eso —contestaba su madre.





—¿Qué puede ser peor que tigres y leones, mamá?

—Los colmisangrudos son peores —decía su madre—, y los cuernoclavantes y los horritrozontes y los lengua-venenos; y el peor de todos



es el terrible chupasangres-arrancadientes-mascape-druscos-escupijante. También hay uno de éstos allí.

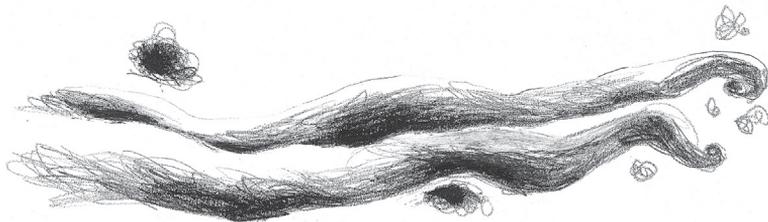
—¿Un escupijante, mamá?

—Ya lo creo. Y cuando un escupijante va tras de ti, suelta chorros de humo ardiente por el morro.

—¿Me comería?

—De un solo bocado —aseguraba la madre.

Billy no creía ni una sola palabra de todo aquello. Sospechaba que su madre lo había in-



ventado para asustarlo y que no se atreviera nunca a salir solo de la casa.

Y ahora Billy estaba arrodillado sobre la silla, contemplando fijamente a través de la ventana el famoso Bosque del Pecado.

—Billy, ¿qué estás haciendo? —preguntó su madre desde la cocina.

—Me estoy portando bien, mamá —le respondió Billy.

Y justamente entonces ocurrió algo muy curioso. Billy empezó a oír que alguien le susurraba cosas al oído.



Y sabía quién lo hacía. Era el Malo. El Malo siempre empezaba a susurrarle cosas cuando estaba aburrido.

—Sería fácil —susurraba el Malo— saltar por la ventana. Nadie te vería. En unos segundos estarías en el jardín, en otros pocos segundos estarías cruzando la puerta del jardín y unos segundos después estarías tú solo explorando el maravilloso Bosque del Pecado. Es un lugar fantástico. No creas una palabra de lo que tu madre cuenta sobre los colmisangrudos, los cuernoclavantes, los horritrozontes y los lenguavenenos,



tampoco lo del terrible chupasangres-arrancadientes-mascapedruscos-escupijante. No existen.

—¿Qué hay allí? —murmuró Billy.



—Fresas silvestres —le respondió el Malo en un susurro—. Todo el suelo del bosque está alfombrado de fresas silvestres, rojas, brillantes, jugosas. Ve y lo verás por ti mismo.

Éstas eran las palabras que el Malo susurraba al oído de Billy en aquella soleada tarde de verano.

Un minuto después, Billy estaba encaramándose a la ventana.

Al minuto siguiente aterrizaba silenciosamente sobre el arriate de flores que había debajo.

Y un minuto más tarde se deslizaba por la puerta del jardín.

¡Y ya estaba en el mismísimo lindero del inmenso oscuro Bosque del Pecado!